

CAPÍTULO 1

Roger de Hauteville estaba habituado a librar batallas como aquella desde hacía más de diez años. Tanto era así que no experimentaba preocupación alguna por el devenir del combate y se sentía seguro cargando contra cualquiera que fuese el enemigo. Y es que, al margen de su excepcional experiencia en todo tipo de contiendas, llevaba consigo un ejército que triplicaba en número y en veteranía a sus adversarios.

Casi sentía lástima por ellos, pero había aprendido a ignorar ese tipo de sentimientos que podían nublar su juicio y su determinación. De modo que, sin vacilar, se giró hacia el centenar de soldados que le acompañaban y, con toda la fuerza que pudo, bramó mientras levantaba su espada, que capturó un momentáneo arco de sol:

—¡Adelante, al ataque!

Sin tiempo de terminar la orden espoleó su caballo y comenzó a cabalgar colina abajo, encabezando la carga hacia la pequeña localidad de Issoire, donde se habían concentrado las supuestas fuerzas sublevadas contra el rey Felipe IV y el papa Benedicto XI.

Cada vez que llevaba a cabo un ataque como aquel recordaba los tiempos en que, superada la ansiedad inicial y el miedo a caerse del caballo, comenzó a sentir un irrefrenable deseo por entrar en combate, porque el sol que ardía en los aceros colisionara entre sí y el número de enemigos se redujera en igual medida. Era el resultado de combinar la excitación con las ansias propias de la juventud, una miscelánea que convertía en necios a muchos guerreros, cuyas vidas acababan cercenadas en el campo de batalla por su exceso de confianza.

Ahora, sin embargo, lo veía como un trabajo rutinario. En ocasiones odiaba aquella insensibilidad, pero esa indiferencia era la que le permitía acometer misiones como aquella. Atacar un pueblo repleto de bastardos desgraciados que escuchaban con pavor el tronar de los

cascos de los caballos, mientras la hueste se precipitaba sobre ellos, y aguardaban resignados su suerte, maldiciendo el día en que decidieron rebelarse contra el pago de tributos.

Espadas contra horcas. Lanzas contra escardillas y alguna que otra guadaña. Aquello era a lo que se enfrentaba junto a sus hombres. Todos ellos a caballo y con armaduras ligeras y escudos. Pero se trataba de darles una lección que no olvidarían en los próximos años, y que serviría de escarmiento a todo aquel que osara presentar la más mínima oposición. Lo más complicado sería refrenar las ansias de sangre y lujuria de sus hombres una vez hubiera comenzando la refriega, ya que no sería la primera vez que una escaramuza acababa con el exterminio total de alguna pequeña población.

Por eso cargaba siempre al frente de sus hombres. Para darles ejemplo y poder frenarlos cuando decidiera que la misión había concluido. Con total seguridad hubiera bastado con llegar al pueblo y atemorizar a los sublevados. Pero en aquel caso, se requería una acción ejemplarizante, para que el escarmiento perdurara en la memoria de todos y para que sus hombres pudieran desfogarse después de varios meses de asueto lejos de casa.

De ese modo, fue la espada de Roger de Hauteville la primera en mancharse de sangre. Un pobre desgraciado parapetado detrás de un carro fue el desafortunado que se topó con su acero, que lo golpeó con violencia en dos ocasiones hasta derribarlo. Las salpicaduras de sangre dibujaron arabescos sobre la madera pulida.

—¡Avanzad! —Las furias brotaron del pecho de Roger, que a partir de aquel momento se mantuvo al margen sin volver a cargar.

Como era de esperar, la conclusión de la refriega no se demoró. Los aldeanos ofrecieron un poco de resistencia, pero no tardaron en ceder ante aquel grupo de soldados. Hasta treinta campesinos murieron antes de deponer sus rudimentarias armas.

—Reúne a los supervivientes en el centro de la aldea —le ordenó a Roman Lombardo, su segundo al mando. Un veterano recio, delgado y con numerosas cicatrices en la cara que contaban cada una su propia historia. Era leal como pocos y, aunque solía hablar poco, su mirada bastaba para expresar cuanto le pasaba por la cabeza. Parecía manifestar un cierto reparo hacia lo que estaba a punto de suceder.

Pocos minutos más tarde, centenares de personas aguardaban en círculo en una plaza rodeada de casuchas de dos pisos que apenas parecían sostenerse en pie, sus ventanas y puertas abiertas en bostezantes gritos de terror. Roger observaba en silencio desde su caballo, mientras el destino de aquella pobre gente era balanceado en sus mientes.

—Desdichados habitantes de Issoire, que habéis osado desafiar la magna voluntad de nuestro ilustre rey Felipe IV. —Se lanzó a una improvisada alocución—. Es mi deber impartir justicia en nombre del monarca, que en nombre de Dios rige nuestros destinos. Por ello, he decidido dejar en manos de la divina Providencia juzgar qué almas merecen ser castigadas.

Un murmullo de temor brotó de la multitud. Rodeados por los imponentes corceles que montaban los hombres de Roger, la gente comenzó a revolverse intranquila, por lo que este decidió actuar con premura antes de que el miedo pudiera inspirarles ideas subversivas.

—Traidores una vez, traidores siempre. No te puedes fiar del populacho, son como animales salvajes. Peor aún, me atrevería a decir —murmuró mientras los miraba con desprecio—. Adelante, Roman, apliquemos el juicio del cielo.

—¿El juicio del cielo? —preguntó su segundo, siguiendo aquella molesta costumbre que tanto enervaba a Roger de repetir sus órdenes.

—Ya lo has oído —remarcó con su impresionante porte mientras se rascaba con tranquilidad el cuidado mostacho.

—¿Y cuán...? —Sus cejas subrayaban su mirada de desaprobación.

—Tres vuelos, y con presteza —agregó rápido, con aquellos ojos de mirada inquietante que todo parecían escudriñar.

Roman no añadió más. Aunque estuvo a punto de objetar se limitó a mascullar algunas palabras para sí, mientras con desagrado elevaba su mano derecha hacia sus hombres.

—Soldados del rey Felipe IV, sirvientes del papa Benedicto XI. Alzad vuestros arcos al cielo y dejad que la divina Providencia reparta su infortunio sobre aquellos que lo merezcan.

Poco a poco, el centenar de soldados asieron sus flechas, tensaron los arcos y, tras apuntar hacia el cielo, lanzaron sus dardos hacia el infinito azul. El elástico estampido de las cuerdas vibró en la calma

de la tarde. Al cabo de pocos segundos, ante las miradas confundidas de los aldeanos, un silbido se cernió sobre ellos. Cuando fueron conscientes de lo que estaba sucediendo ya era tarde. Cien flechas cayeron sobre ellos como sentencias de muerte. Y antes de que pudieran reaccionar, la mano de Roman Lombardo repitió impávida el gesto y otros cien proyectiles llovieron sobre los indefensos aldeanos.

Lombardo desvió la mirada hacia su capitán en un intento por observar si la masacre le parecía escarmiento suficiente. Pero no obtuvo respuesta, por lo que se vio obligado a elevar la mano por tercera vez.

—Espero que hayáis aprendido la lección —dijo por fin con satisfacción Roger de Hauteville—. Este es el castigo que aguarda a aquellos que osen contravenir los designios divinos o reales.

Sin añadir más, ordenó retirada dejando tras de sí una montaña de cadáveres y heridos sobre la que lloraban los supervivientes.

—Tienes que mostrarte más firme, compañero Roman, o acabarán por devorarte —le reprendió en voz baja a su segundo—. Son como alimañas, nada les resulta suficiente. Si les dejas, morderán la mano con la que les das de comer. Esos indeseables huelen la debilidad y ansían lo ajeno, no lo olvides nunca. No son más que bestias.

Roman Lombardo estuvo a punto de no responder, pero en el último instante inquirió:

—¿Es necesario continuar?

—En ocasiones me da la sensación de que no me escuchas. Espero por tu bien que cambies pronto, o no tardaré en buscarte un sustituto. Muchos son los que ansían tu puesto. —Hizo una señal al grupo de jinetes que aguardaba expectante. Sin dudar, encendieron sus antorchas para lanzarlas sobre los tejados de paja de la aldea.

—Imagino que eres consciente de que estás condenando a muerte a la mayoría. No sobrevivirán al invierno que se avecina.

—No tienes remedio, amigo mío, no tienes remedio...

El baile de cirios rojos se convirtió en una danza frenética en las pupilas del capitán a medida que se alejaban de la aldea. Cabalgando a su lado, Roman seguía intentando filtrar el sonido de los llantos cada vez más lejanos.

Al pequeño Pierre Niort le costaba respirar. Su mente permanecía bloqueada y sumida en una niebla por culpa de la terrible escena que acababa de presenciar. Todo transcurrió con tanta rapidez que ni siquiera pudo reaccionar. En apenas unos minutos había perdido a sus padres, y le estaba resultando imposible localizar a su hermano mayor. Allá donde mirara solo había gente llorando y cadáveres asateados. Lo peor no eran sus manos manchadas por la sangre de todos ellos, sino su corazón desbocado que parecía que fuera a escapársele del pecho. A su derecha, a pocos dedos de distancia, dos flechas que parecían llevar su nombre permanecían hundidas en el barro hasta medio astil. En aquel fatídico día de invierno había conseguido esquivar la muerte, aunque su aciago destino podía terminar siendo más cruel.

Por mucho que lo intentara, no lograba espabilarse. Temblaba y su respiración se hacía cada vez más agónica, presa de una ansiedad creciente. Los supervivientes lo ignoraban, más centrados en organizarse que en ocuparse de problemas ajenos. Por lo que pudo escuchar, la mayoría hablaba de huir de aquel lugar que consideraban condenado, de rehacer sus vidas lejos de la amenaza del rey.

—¡No perdamos más el tiempo, recojamos lo poco que nos queda y marchemos! —le decía su vecina Mary a uno de sus hijos. Pierre no comprendía por qué entraba en la que fuera la casa de sus difuntos padres y salía con un saco repleto de objetos—. ¿Y tú qué miras, desgraciado? —espetó la mujer, clavándole una mirada furibunda—. Suerte tienes de no haber acabado como el resto de tu apestosa familia.

Pierre no supo qué responder. Comenzó a llorar desconsolado mientras veía cómo desvalijaban inmisericordes la casa de sus padres.

—¡Llorón, eres digno hijo de los Niort! —le insultó la mujer mientras escupía en el suelo y le indicaba a su hijo que entrara para acabar de vaciar la casa.

Al cabo de un rato, la mirada de Pierre consiguió enfocarse por fin en un detalle esperanzador: de una de las espesas nubes de humo surgió su hermano Lombard, blandiendo una espada corta que debía haberle sustraído a algún cadáver. Caminaba renqueante y arrastraba con pesadez una pierna, aunque dada su gran envergadura resultaba todavía más amenazante.

—¿Te han herido...? —Pierre recuperó el habla ante la visión de una cara familiar, pero su hermano no le contestó: hizo un esfuerzo por avanzar unos pasos más hasta la casa de sus padres y colocarse ante Mary y su hijo.

—¿Tienes algo que decir, tullido de mierda? —se burló la mujer—. En el estado en que te encuentras tienes suerte de seguir vivo, no te recomiendo que sigas tentando a la providencia. —Se envalentonó al observar la herida en el muslo.

Lombard dudó, consciente de sus limitaciones. El corte de flecha que había recibido en el muslo no era mortal, pero le estaba haciendo perder mucha sangre, a pesar del improvisado apósito que le había aplicado Chanay, el curandero.

—Vamos, Jacques, date prisa en vaciar la casucha y vayámonos de este maldito pueblo cuanto antes —ordenó Mary a su flacucho hijo, quien dudó unos segundos sin tener muy claro a quién temía más, si a su madre o al gigantón—. Venga, ¿no ves que no puede ni caminar...?

Pero Lombard pareció sacar fuerzas de flaqueza y se aventuró a dar unos cuantos pasos hacia los restos de lo que fuera su hogar, lo que hizo que Jacques volviera a dudar.

—Será mejor que salgas de mi casa cuanto antes si no quieres que te ensarte como a un pollo —le instó, aunque no tenía muy claro que fuera capaz de cumplirlo.

—Madre, ¿no cree que sería mejor irse? —sugirió Jacques mientras abandonaba la casa y se alejaba discretamente de aquel acero mellado. Entre sus muchos defectos no se encontraba anteponer su hombría a la hora de actuar, y era consciente de que su rival, incluso en aquellas circunstancias, representaba una amenaza notable; de entre todos los aldeanos, era de los pocos que sabía manejar un arma.

Mary miró con desprecio a su hijo, aunque prefirió no contradecirlo y salvaguardar la poca dignidad que le quedaba.

—Tu clemencia te honra, hijo —dijo, camuflando su indignación—. Marchemos y dejemos al cojo y a su hermano con sus migajas. Igualmente, están condenados a morir en cuanto caiga sobre ellos la ventisca. —No pudo reprimir una risotada de satisfacción.

Lombard hizo un amago de golpearlos, pero trastabilló y estuvo a punto de caerse al suelo. Disimuló intentando ocultar su débil estado, peor de lo que suponía.

—¡Marchad, malditos! Espero que la sombra del diablo os alcance si no lo hace antes mi acero. —Alzó indignado el arma mientras los veía largarse a la carrera.

Aguantó en pie unos instantes más. Se mantuvo firme hasta que las sombras de Mary y su hijo se perdieron a lo lejos. Fue entonces cuando se permitió hincar la rodilla para, a continuación, derrumbarse agotado.

—¡Hermano! ¿Estás bien? —se estremeció Pierre mientras se abalanzaba sobre él.

—Estoy agotado. He perdido mucha sangre.

—¿Qué haremos ahora? —la mirada de Pierre se paseó por la desolación que los rodeaba—. La aldea ha sido arrasada, no queda nada donde cobijarnos.

—Tendremos que marcharnos, no nos queda otro remedio. Aquí no sobrevivirá nadie. Si no nos devoran los lobos o nos matan los bandidos, lo harán las nieves y el hambre.

—Marchar... pero ¿adónde? Hemos vivido aquí toda la vida. —La solución ofrecida por su hermano no lo convencía en absoluto.

—A donde sea y con quien sea. Pero cuanto antes.

CAPÍTULO 2

La tarde llegó pronto, acorralando los resplandores del mediodía tras una barrera de nubes. Pierre y Lombard habían logrado convencer a los Lamburgo para que les permitieran viajar en su carro en dirección este. Se trataba de la familia que vivía en la parcela contigua en Issoire, que, aunque humilde, había logrado ahorrar para comprar un carromato y una yegua flaca. Pretendían marchar hacia alguno de los pueblos que rodeaban las grandes ciudades del interior del país. No resultó sencillo convencerlos para que les permitieran acompañarlos. El miedo y la desconfianza pesaban más que la amistad hacia quienes habían sido vecinos suyos toda la vida. Por suerte, Lombard jugó con habilidad la carta de la protección que podía ofrecerles a lo largo del camino. Una familia formada por un padre, su mujer Loraine y dos jóvenes hijas era un objetivo demasiado tentador para cualquier grupo de rufianes con los que pudiera tropezarse.

Partieron poco después del mediodía con la intención de avanzar todo lo posible antes del anochecer, y acampar en algún lugar protegido. La aldea, a lo largo de las horas, se había ido vaciando en una diáspora generalizada. Aquel lugar estaba condenado. Nadie quería convivir con el infausto recuerdo de lo sucedido. Todos habían perdido familiares o amigos, y el dolor y las manchas de sangre no serían fáciles de eliminar.

Al carro le resultaba difícil rodar por aquel camino pedregoso cuyo trazado, que parecía indiferente a las huellas que pudieran tatuarse en las ruedas y cascos, pocos se aventuraban a transitar.

—Está anocheciendo —advirtió preocupado Pierre mirando el cielo, un telón grisáceo que parecía apuntalado por los bordes, allá en la distancia. Entre las arrugas que dejaba en lo alto se creaban nubarrones.

—Ya lo veo, pero no podemos detenernos aquí. Estamos demasiado expuestos —respondió Lombard mirando a su alrededor.

Ambos viajaban en la parte trasera del carro, donde el traqueteo era todavía mayor. Lombard no soltaba su espada e intentaba adelantarse con la mirada a cualquier indicio de peligro. El problema radicaba en que, con la inminente llegada de la noche, las posibilidades de un ataque se incrementaban.

—No deberíamos haber abandonado el pueblo —murmuró, enfadado consigo mismo—. Fue un arrebato estúpido. Deberíamos haber esperado.

Loraine y sus hijas permanecían en silencio. Intentaban en vano captar algo de la conversación de sus acompañantes, en cuyas caras medraba la inquietud.

—¿Va todo bien? —preguntó por fin Loraine.

—No lo sé. —Lombard tenía la vista clavada en los árboles situados a varios metros del camino—. Me ha parecido ver un destello, pero no estoy seguro.

Fue en ese preciso instante cuando desde más allá de la espesura, y por ambos lados del sendero, surgió un grupo de asaltantes. Eran alrededor de ocho e iban mal vestidos. Aunque por culpa de la oscuridad resultaba complicado distinguir los detalles, se percató de que solo tres de ellos llevaban una espada o algo similar. El resto iba pertrechado con armas improvisadas, tales como palos afilados u horcas.

—Nos han estado siguiendo agazapados desde hace tiempo —maldijo en voz baja mientras los veía acercarse—. ¡Tenía que haberme dado cuenta antes!

—Ya es tarde, hermano. ¿Qué podemos hacer?

El hombretón no contestó y se limitó a bajar del carro adoptando una postura defensiva, espada en mano. Jacques, el patriarca de los Lamburgo, no tenía muy claro qué hacer. Sostenía tembloroso las riendas de la yegua y miraba a sus protectores esperando alguna indicación.

—Huir es inútil. Esa yegua no puede dar mucho más de sí. Nos darían alcance enseguida.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Jacques desesperado.

—Vender caras nuestras vidas.

Los bandidos se les aproximaban con lentitud, expectantes ante la visión de aquel hombre de gran tamaño que se interponía entre ellos

y las presas. Dos de los asaltantes lanzaron gritos salvajes en un burdo intento por amedrentar a sus víctimas.

—¿Tenemos alguna esperanza? —La mano de Pierre temblaba mientras buscaba en el carro algo que pudiera emplear como arma.

—Ninguna. Me da la sensación de que carecen de entrenamiento marcial, pero nos superan con creces.

El aire quedó colgando de la noche en un tenso *impasse*. Tras las dudas iniciales, los primeros asaltantes llegaron a la parte delantera del carro, donde les intimidó el frenético culebreo del látigo de Jacques. Casi sin esperárselo, hirió a uno de ellos en la cara. El desgraciado se había confiado demasiado y ahora luciría la cicatriz el resto de sus días, que podrían no ser muchos. Espoleado por la rabia, un segundo bandido se abalanzó sobre él e intentó ensartarlo con su filo; aunque logró esquivarlo hasta en dos ocasiones, a la tercera el golpe fue mortal. Lo alcanzó en el pecho, haciendo que cayera al suelo donde otro de los forajidos esperaba dispuesto a rematarlo.

Mientras esto sucedía, el resto se aproximó con rapidez a la parte trasera del carro, donde el acero de Lombard guardaba en su interior la luz de la luna. Era una presencia impresionante, con los músculos tensos y los ojos henchidos de furia.

—Vamos, venid, valientes... No lo tendréis tan fácil conmigo. —Les desafió intentando mostrarse lo más amenazador posible, aunque consciente también de que sus posibilidades eran nulas—. ¡Podéis estar seguros de que me llevaré a más de uno por delante! —chilló con el rostro desencajado.

El grito retumbó con fuerza en medio de la noche y se perdió en la oscuridad, aunque debió calar en aquellos rufianes, pues durante un instante retrasaron su ataque, dubitativos, como a la espera de una orden. Había pronunciado aquellas palabras con tal determinación que ninguno parecía dispuesto a ser el desgraciado que perdiera la vida en sus manos.

—Pandilla de cobardes, ya no puede fiarse uno de nadie —siseó una voz que se aproximaba por detrás—. ¿A qué teméis? Él es uno y vosotros ocho.

—Pero, Joan, es... enorme —se excusó uno de ellos, *sotto voce*.

—Y parece saber cómo manejar su espada —declaró su compañero.

El tal Joan pareció dudar conforme se acercaba y calibraba la envergadura de su contrincante. La sombra de aquel guerrero que la luna arrojaba sobre la tierra parecía sólida, y al moverse hacía ruidos semejantes al del escoplo cuando se hunde en la madera.

—Con lo práctico que hubiera resultado tener ahora un arquero... —se lamentó el jefe de los bandidos.

—Os voy a reventar a puñetazos. ¡Ensartaré mi espada en vuestros putos corazones! —insistió Lombard, consciente del efecto que causaba en los forajidos, que de nuevo refrenaban su embestida.

El líder estuvo a punto de ordenar algo a sus hombres, pero al final pareció cambiar de opinión y, tras envainar la espada, gruñó:

—Como no tengo ganas de perder a ninguno de mis queridos compañeros, te voy a proponer un trato, animal. Pero te aviso: no es negociable y queda anulado si abres la boca para algo que no sea responderme.

—Tú dirás —se limitó a responder, intrigado por las palabras del bandido.

—El carro y dos de las mujeres por la vida del resto. Hoy me siento generoso y no quiero ver mermadas mis filas. Se nota a la legua que sabes pelear.

El otro no dijo nada. Tenía que pensar deprisa si quería aprovechar aquel resquicio de esperanza que el destino parecía ofrecerle. Hasta en dos ocasiones estuvo a punto de decir algo, aunque finalmente se giró hacia el carro con intención de preguntarle a la madre. Pero esta le dirigió una mirada llena de cristales rotos, de angustia viva, que no olvidaría jamás. Sus ojos le suplicaban que no le pidiera a qué hija prefería salvar; que fuera él quien decidiera.

—Vamos, date prisa —le apresuró Joan, consciente de que Lombard había decidido aceptar su oferta y agradeciendo de paso a las alturas no tener que librar una batalla en la que con toda seguridad caerían algunos de sus hombres.

Todavía sin decir nada, Lombard alargó una mano hacia el carro sin mirar a las dos jóvenes hasta alcanzar la muñeca de una de ellas. En los ojos de la chiquilla se leía algo más que miedo...

—¡Vámonos! —dijo con tono firme mientras se llevaba en volandas a la elegida.

—P... pero... ¿qué haces? ¿Qué pasa con mi hermana y mi madre?
—preguntó consternada la joven.

—No hay tiempo, vámonos.

—¿Irnos? ¿Abandonándolas? —preguntó sollozando, sin dejar de mirar el carro, donde su madre le hacía señales para que se marchara. Dios, esos cristales rotos en su mirada...— ¡Eres un miserable, un cobarde! Le prometiste a mi padre que nos defenderías.

—Venga —insistió Lombard, rotundo, aunque tras un segundo de reflexión añadió—: ¿Quieres que nos maten a todos? O vienes o mueres con ellas —añadió soltándole la mano.

La joven se quedó parada y sin saber qué hacer mientras él se alejaba unos pasos. De soslayo dirigió una mirada a los asaltantes, que aguardaban expectantes a que se marcharan para abalanzarse como buitres sobre el carro. Petrificada como estaba, le resultaba imposible caminar y dejar atrás a su madre y su hermana, aun sabiendo que lo único que lograría sería compartir su fatídico destino.

Fue entonces cuando Pierre se aproximó a ella y, sujetándola por la cintura, la alejó del lugar mientras seguía los pasos de su hermano.

—Por favor, vámonos rápido antes de que se arrepientan —le susurró mientras la empujaba.

La joven hizo un amago de resistirse, pero finalmente se dejó llevar intentando apartar de su mente la mirada suplicante de su hermana, que continuaba en el carro abrazada a su madre.

Lombard, sin perder detalle de cuanto sucedía a sus espaldas, se giró a los bandidos en cuanto su hermano pasó junto a él.

—Te aseguro que si intentas alguna treta iré a por ti el primero. — Las ascuas de fuego de su mirada se clavaron en el cabecilla.

—Me parece justo, yo haría lo mismo —convino Joan, quien tras dudar un instante, añadió—: ¿No te interesará unirme a mi tropa, verdad?

El otro lo miró incrédulo, sin creerse del todo la proposición.

—¿No habría forma de evitarlo? —preguntó mirando a las ocupantes del carro.

—No. Te he dado más de lo que debería. Y añadiría que si no te apresuras no podré responder por mis hombres. —Era consciente del furor que ardía tras las pupilas de esos brutos, de sus ansias de fornicadores enloquecidos.

—Sois peor que alimañas.

—Y vosotros unos insensatos por aventuraros por estos caminos.

Lombard no quiso añadir más. Sentía el bajo vientre lleno de metal fundido. Prefirió no tentar a la suerte y marcharse junto a Pierre y la joven a la que el destino había concedido una segunda oportunidad.

—Rápido —instó a su hermano.

—¿Teméis que vengan a por nosotros? —preguntó éste, mirando en dirección a los bandidos—. Parece que nadie nos sigue.

—Temo que ella pueda oír más de la cuenta. Las pesadillas que le aguardan podrían ser peores si no aceleramos el paso.

Pierre sintió un escalofrío. Se acercó a la joven, la sujetó por el brazo y la apremió a marchar lo más deprisa posible, mientras su hermano intentaba determinar qué hacer a continuación.

CAPÍTULO 3

Estuvieron caminando durante dos horas sin detenerse hasta que la sombra de un sotobosque los cobijó y disimuló los aledaños del sendero. El cielo era bajo y plomizo, demasiado cercano a la tierra. Aunque parecía que los asaltantes no insistían en la cacería, tuvieron que ocultarse en un par de ocasiones ante la proximidad de grupos de personas con aspecto sospechoso. Lombard pensó que quizá pecaba de un celo excesivo, pero era mejor no confiarse.

Cuando se sintió seguro, y tras llegar a un pequeño claro, dijo:

—Pararemos aquí a pasar la noche.

—¿Estás seguro, hermano?

—No, pero no podemos hacer otra cosa. Necesitamos descansar y calentarnos. —Sus manos ya estaban buscando lo necesario para encender un fuego, aun antes de que él se lo ordenara.

—No creo que sea lo más adecuado teniendo en cuenta las circunstancias —objetó Pierre al ver sus intenciones.

—Yo tampoco, pero no tenemos otra opción si no queremos morir congelados. Apenas nos han dejado unas mantas y esa de ahí lleva tiritando dos horas.

—No me extraña, pobrecilla. Bastante ha hecho manteniendo nuestro paso.

—Hubo un par de momentos en que creí que tendríamos que dejarla atrás, pero me ha sorprendido su resistencia.

—Capaz te imagino de abandonarla —gruñó Pierre, no muy seguro de si hablaba en serio.

Dirigió una mirada a la joven, que permanecía sentada en cuclillas como intentando mantenerse lo más caliente posible. Era una liebre indefensa cuyo último recuerdo de su madre había sido: «¡Huye como yo!» En un momento dado sus miradas se cruzaron y ella por fin reaccionó.

—¿Qué crees que les harán? —Su vocecilla, casi inaudible, temblaba y se quebraba como la hojarasca bajo las pisadas.

Pierre no tenía ninguna respuesta coherente. Miró a su hermano, consternado.

—Puedes estar tranquila. Por lo que hablé con su cabecilla antes de marcharnos, necesitan mujeres que lleven a cabo sus tareas domésticas —mintió Lombard lo mejor que pudo, y aunque logró engañar a Eloise, el otro le lanzó una mirada que no acabó de entender si era de agradecimiento o desaprobación—. ¿Qué demonios querías que le dijera? —le susurró en un aparte—. También podrías haberle respondido tú.

—No tengo ni idea de cuál será su destino, aunque dudo mucho que se parezca a lo que le has dicho.

—Pues ya que eres tan listo podrías haber improvisado. ¿Qué querías que le dijera, que con suerte las violarán hasta matarlas o que las mantendrán esclavizadas hasta que algún día logren escapar mientras todos duermen borrachos como una cuba? —Se le quebró la voz—. Y borra esa mirada de desdén de tu rostro, no he visto que hicieras nada por impedirlo. Sabes mejor que yo que no teníamos alternativa.

Pierre giró la cara hacia otro lado. Su hermano no solo tenía razón, sino que al menos había desenfundado su espada y opuesto resistencia. Él, por el contrario, no tuvo arrestos ni siquiera para abrir la boca. Incluso estuvo a punto de orinarse encima.

—Ya fue mala suerte toparnos con ellos. —Prefirió cambiar de tema.

—La suerte no tuvo nada que ver. Nos estaban esperando, sabían que pasaríamos por allí.

—¿Cómo es posible?

—Son buitres de la peor calaña, carroñeros al acecho. Conocían las órdenes de los soldados y lo que sucedería en la aldea. Seguramente los siguen a la espera de que ocurra algo como lo de hoy, y luego aguardan pacientemente a que los infortunados huyan desvalidos.

—¡Miserables! Aprovecharse de esa manera de la desdicha ajena...

—Más bien de la estupidez ajena —le corrigió, recordando las últimas palabras que le dirigió el cabecilla—. Nunca debimos habernos aventurado de aquella manera en territorio desconocido.

—Es la primera vez que llego tan lejos —reflexionó su hermano, que nunca había ido más allá de los lindes de su aldea.

—Yo visité algunos mercados cercanos, aunque por mi mente pasó en más de una ocasión alcanzar alguna gran ciudad.

—¡Y el mar! Lo que daría por ver el mar...

—No creo que sea tan grande como dicen.

—No sé si lo veremos alguna vez. No sabía que viajar fuera tan peligroso. Y es una pena, porque este no es el mundo en el que me habría gustado nacer. Es todo tan... injusto. —El adjetivo se balanceó unos instantes en el borde de su boca, antes de salir.

—Es el mundo que existe, y poco podemos hacer para contravenir sus normas.

—No estés tan seguro —musitó Pierre para sí.

A la mañana siguiente, Pierre fue el primero en despertar. O al menos eso creía mientras abría los ojos, porque al cabo de unos segundos percibió un olor agradable que no supo reconocer. Con curiosidad, se levantó y miró el fuego, donde Eloise se encontraba mezclando lo que parecían unas hierbas.

—¿Qué haces?

—Caliento hojas para preparar una bebida aromática.

—¿No serás... una de esas?

—¿Una qué, una bruja? Pero ¿estás tonto? Por supuesto que no, esta bebida simplemente te hará sentir mejor, entrar en calor. —La joven extendió la mano para ofrecerle un vaso de aquel brebaje sospechoso.

Pierre dudó, pero la curiosidad y el frío lo vencieron y se decidió a aceptar aquella particular bebida. A pesar de lo caliente que estaba, echó un trago y emitió un ligero suspiro de satisfacción. Había enebro y savia en aquella mezcla; tomillo, caléndula y hierbaluisa.

—Esto está buenísimo, nunca había probado nada igual. ¿Dónde aprendiste a preparar esta *cosa*?

Eloise bajó la cabeza compungida al venirle el recuerdo de su madre, por lo que Pierre, adivinando la respuesta, decidió cambiar de tema. Le avergonzaban su propia estupidez y el resultar tan inoportuno.

—¿Cómo has sido capaz de preparar algo así de la nada?

—Aquellos vándalos ni se molestaron en registrarme, a los muy cerdos solo había una cosa que les interesaba. —Cogió su bolsa. El hombre no pudo evitar fijarse en ella por primera vez y descubrir su hermoso cuerpo. Era una joven muy bella, y no acababa de comprender cómo los bárbaros accedieron a dejarla marchar. Sin duda su hermano imponía mucho más de lo que se imaginaba.

Tras coger su bolsa, Eloise la abrió y empezó a enseñarle todos los artilugios y cachivaches que atesoraba. Desde algunos cubiertos a pequeños recipientes para cocinar o conservar.

—Ahí caben muchas más cosas de las que parecen —fue lo único que se le ocurrió decir a Pierre, maravillado por la capacidad de aquel recipiente.

—Basta con saber organizar bien el espacio —comentó Eloise, satisfecha y algo más relajada—. En esta cacerolilla he podido preparar la infusión que acabas de tomar. Apenas pude dormir, por lo que en cuanto salió el sol me dediqué a buscar las plantas necesarias. —Miró a las gargantas pobladas de escasa vegetación que los rodeaban, como si allí se ocultaran cosas que podrían añadirse al guiso. Si tenían mala suerte y no corrían lo suficiente.

Lombard no tardó mucho en despertar. Era consciente de la larga jornada que tenían por delante y había preferido descansar el máximo para reunir fuerzas. Tras felicitar a la joven por la infusión, reanudaron la marcha sin tener claro el rumbo.

—Hacia el sur. Al menos allí hará más calor y creo recordar que por la zona de Aquitania vivían unos parientes lejanos de padre. —Fue lo único que dijo antes de poner un pie delante del otro, y sin muchas ganas de pensar, además, ya que el futuro que se cernía sobre ellos no era en absoluto halagüeño.

CAPÍTULO 4

Tras mucho tiempo deambulando sin rumbo por los embarrados caminos de la Provenza, donde los arroyos se convertían en balsas de fango que atrapaban traicioneramente las patas de los animales, recalaron en la pequeña ciudad de Cahors, donde pudieron localizar a unos parientes lejanos. Se trataba de Paulet, un tío de su padre que vivía junto a su esposa Judith —una mujer amargada que no dudaba en hacerles la vida imposible siempre que podía—, y su joven hija Madeleine. A regañadientes, les dieron cobijo en un cobertizo cochambroso anexo a la casa, a cambio de una pequeña cantidad de dinero y algunas tareas de limpieza por parte de Eloise. Esta última había acabado siendo adoptada por los hermanos y vivía con ellos. La casa parecía habitada por fantasmas durante todo el año, pues a través de sus rendijas se colaban día y noche unos silbidos espectrales.

A duras penas lograron sobrevivir al primer invierno. Pasaron hambre y frío, aunque no fueron pocas las ocasiones en que alguna alcahueta se ofreció a contratar a Eloise para algún burdel local, una opción que habría aliviado sus problemas económicos. Sin embargo, nunca fue tomada en consideración por ninguno de los tres, especialmente por Pierre, quien sentía especial predilección por ella.

Durante aquel primer año llevaron a cabo todo tipo de reformas en el cobertizo y lo convirtieron en un lugar casi confortable. Pero aquella situación, que se había planteado como algo temporal y amenazaba con eternizarse, enervaba sobremanera a Lombard, quien sentía que estaba fallando como cabeza de familia. Trabajaban en lo que podían y cuando podían. Pero el dinero no era fácil de conseguir, y quienes lo poseían no eran proclives a compartirlo. La mayoría de las ocasiones trabajaban horas y horas a cambio de algo de comida.

Pero aquel día la suerte cambió, pues Lombard entró con una tremenda sonrisa en la casa. Abrió la puerta de sopetón y a punto estuvo de golpear a su hermano.

—¡Ten cuidado! —le advirtió, dando un salto hacia atrás para esquivarla—. Quiero conservar la dentadura —bromeó enseñando una doble hilera de piezas amarillentas y cariadas—. ¿A qué se debe tu alegría?

—He encontrado un trabajo, y uno que puede durar algunos años —respondió el hombretón, visiblemente emocionado.

—Qué sorpresa, eso sí que no me lo esperaba —respondió Eloise incrédula, después de tanto tiempo como llevaban buscando algo así. Estaba en la esquina del cobertizo reservada a las labores de cocina, pelando patatas—. ¿De qué se trata?

—La construcción del puente de Valentré.

—¿Un puente? —Las cejas de Pierre se tensaron—. ¿Dónde?

—Al oeste de la ciudad, sobre el río Lot. Quieren añadir fortificaciones que ayuden a proteger la villa de los ataques de los vándalos. Están escarmentados después de los saqueos de sarracenos, nortefios y magiares. Hay que dar las gracias a la voluntad del obispo de reconstruirla, porque si no aquí ya no quedaría nadie.

—¿Cuándo empiezas?

El hombre se miró las manos encallecidas, que le estaban pidiendo a gritos volver a sentir el tacto de una azada, o de un martillo y su escoplo.

—Mañana mismo.

—¿Crees que podría haber algo para mí? —preguntó Pierre, que se moría de ganas de aportar algo a la economía familiar, aunque fuera cargando piedras.

—No lo sé, mañana preguntaré.

Pierre se fue a dormir soñando con la posibilidad de volver a rendir, a trabajar. De ser un hombre y no un fardo. Era una persona hábil, que aprendía con facilidad, tanto que incluso podía presumir de ser de los pocos que sabían leer de manera fluida y escribir. Había aprendido gracias a un presbítero afincado en Clermont, que dedicó su tiempo a instruir a los más jóvenes de la aldea para matar el aburrimiento. Aquel hombre de aspecto bonachón fue de los primeros en caer

bajo la espada de los sicarios de Roger de Hauteville, cuando intentó convencerlos de lo mezquino de sus actos. Todavía podía escuchar sus risas antes de pasarle por encima con los caballos y ajusticiarlo sin miramiento alguno. Por desgracia, leer le serviría de bien poco en aquellos momentos por culpa de su falta de experiencia como obrero, ya que debido a su juventud no había tenido ocasión de desempeñar muchas tareas más allá de las relacionadas con el campo. Pero aquello le aburría y prefería encontrar algo un poco más creativo. Era consciente de que en breve, de seguir así, no le quedaría más remedio que trabajar en los sembrados. Además, siempre había alguien dispuesto a desempeñar cualquier tarea por un jornal más humilde, lo que hacía muy complicado encontrar algo que estuviera bien remunerado. De momento, por suerte, su hermano no le había reprochado nada, pero era cuestión de tiempo que lo animaran a ampliar los horizontes de su búsqueda, especialmente Eloise, en cuya mirada creía adivinar cierto reproche.

Mientras dejaba escapar las horas a la espera de noticias, decidió salir a pasear por el mercado que solía establecerse cada mañana en la zona central de Cahors. Los restos de la tormenta de la noche anterior se habían consumido. El lugar, bendecido de nuevo por el sol, bullía desde primera hora de la mañana, y resultaba emocionante contemplar cuanto acontecía, sobre todo para alguien que provenía de una aldea tan pequeña como la suya. Como siempre, había miles de cosas que le gustaría comprar, pero se conformaba con fantasear con el día en que podría hacerse con todo aquello que quisiera.

Estaba sumido en sus ensoñaciones cuando le pareció ver a una figura a caballo que le resultó familiar. Perplejo, comenzó a caminar hasta situarse apenas a unos metros de ella. Durante unos instantes pensó que soñaba: se trataba de Roger de Hauteville, un rostro que no olvidaría jamás. Una ira irracional comenzó a invadirlo, aunque pronto fue sustituida por la frustración del que sabe que nada puede hacer para satisfacerla. Fue en aquel momento cuando el noble se giró hacia él y con gesto adusto le espetó:

—¿Se puede saber qué demonios miras, rata? Si quieres problemas será mejor que los busques en otro sitio.

Pierre se estremeció, no solo por la amenaza que llevaban implícitas aquellas palabras, sino por el temor a ser reconocido. Dudando, se giró dejando escapar un vergonzante: «Disculpe, señor», para apartarse con celeridad unos cuantos metros. Resultaba evidente que aquel arrogante carnicero no tenía ni la más remota idea de quién era él, y que otras preocupaciones ocupaban su mente. Comenzó a andar con premura en dirección a la casucha en la que Eloise aguardaba paciente.

—¿Ha llegado mi hermano? —preguntó de forma atropellada.

—De momento, no, lo que con seguridad es buena noticia. Quiere decir que sigue trabajando y ganando dinero.

Pierre no supo si eran imaginaciones suyas o si la respuesta iba con segundas intenciones. De todas formas, en aquellos momentos su máxima preocupación era la presencia del noble en Cahors, ya que no auguraba nada bueno.

Su hermano no tardó en llegar, y tal y como había anticipado la joven, lo hizo con una bolsa repleta de monedas y un poco de carne comprada en el mercado. Cuando Pierre le contó lo que había visto, Lombard frunció el ceño, aunque finalmente se relajó y lo atribuyó a una mera coincidencia.

—Hermano, no creo en las coincidencias, solo en los hechos —protestó Pierre, vehemente—. Igual que hoy, también vi a Hauteville en nuestra aldea semanas antes del ataque.

Hubo un instante de pausa, de silencio.

—¿Qué quieres decir con eso, que va a llevar a cabo una expedición de castigo en Cahors? Por Dios, hermano, nunca se atrevería con una ciudad como esta. Son fieles súbditos que pagan sus impuestos... o eso espero —se carcajeó Lombard, contento por tener algo que llevarse a la boca aquella noche. Estaba fatigado y solo quería preocuparse de cenar caliente.

—Por cierto, ¿te han comentado si tienen algún trabajo para mí en el puente?

—No. Por desgracia, les sobran peones. Como me descuide prescindirán también de mí. —Esas palabras provocaron un estremecimiento en Eloise.

Aquella noche, al contrario que Lombard, Pierre tardó largas horas en conciliar el sueño. ¿Qué demonios estaba haciendo aquel tipo

tan siniestro en Cahors? Bien pudiera ser que estuviera de paso, pero no le gustaba dejar su futuro en las inciertas manos del destino. Aunque, por otro lado, bien poco podía hacer al respecto...

Al día siguiente se despertó bien entrada la mañana, lo que hizo que tuviera que soportar los fustigantes gruñidos de Eloise, quien no dejaba de martirizarlo con aquella penetrante mirada que le reprochaba cuanto hacía.

—¿Será hoy el día? —le preguntó mientras él se sentaba en una de las sillas con la esperanza de desayunar algo. Hasta el manto de migas que cubría los tablones se le antojó apetitoso.

—¿El día de qué? —respondió con inocencia, aunque antes de acabar la frase ya se estaba arrepintiéndose.

—Aquel en el que encuentras trabajo en la ciudad y no solo fantasmas del pasado.

Sonrojado, se despidió con un rápido gesto y salió rumbo a la muralla oeste. Mientras se abría paso entre la suciedad de las callejuelas, preguntó en varios lugares si sabían de algún puesto de trabajo disponible, de lo que fuera, ya que en aquellos momentos prefería ganar algo a tener que aguantar las puntillas de Eloise. Pero no hubo suerte, apenas alguna tarea limpiando cuadras y pocilgas o asuntos relacionados con el campo. Hacia el mediodía, caminando en dirección al oeste, alcanzó el río Lot. Fluía tranquilo alrededor de Cahors, con una pesadumbre que había madurado durante siglos. A ambos lados de la orilla podía verse a gente atareada, desde mujeres lavando ropa a pastores con sus ovejas. A punto estaba de sentarse al sol cuando no muy lejos escuchó el familiar ruido de martillos y palas. Con dificultad, pudo distinguir a contraluz la figura de un puente en construcción.

—Ya es casualidad —murmuró mientras se dirigía a los andamios que se clavaban como patas robustas en el cauce.

Tardó varios minutos en llegar al lugar, repleto de gente en febril movimiento. Pronto distinguió la imponente figura de su hermano: a pesar de su cojera, caminaba con distinción gracias a su orgulloso porte y voluminoso cuerpo.

—Hola, hermano.

—¡Pierre! ¿Qué te trae por aquí?

—Andaba en busca de trabajo —dijo en voz baja, como avergonzado, mientras un compañero canijo y algo más joven se les acercaba.

—¿Y este quién es? —dijo el recién llegado.

—André, te presento a mi hermano pequeño.

Pierre estrechó su mano, mirando al chico con algo de sorpresa por su corta edad y su complexión mercurial, impropia de un peón de obra.

—Aquí donde lo ves, es esencial para nuestro trabajo —declaró Lombard, adivinando sus dudas—. Es pequeño pero matón, y capaz de llegar hasta sitios que yo ni siquiera puedo imaginar.

—¡Y tengo casi cinco años de experiencia!

—Lleva casi toda su vida trabajando en este puente.

—En el *puñetero* puente —matizó André entre carcajadas—. Que parece que no hay forma de acabarlo. ¡Pero por mí, mejor! ¡Más pan!

Pierre se despidió al observar que el maestro de obras los observaba desde la distancia. Parecía un lobo acechando a los lebrillos. Lo último que les hacía falta era que al único trabajador de la familia lo echaran por su culpa, cosa que Eloise no le perdonaría.

Las horas pasaron perezosas y marcadas por nubes cambiantes. Al mediodía, y ya con algo de hambre, el joven fue bordeando el río sin dejar de escrutar a su alrededor en busca de miradas ansiosas, de huecos donde cupieran más manos, de oficios necesitados desesperadamente de aprendiz. Preguntó a pastores e incluso se ofreció a llevar a cabo arreglos en algunas casas, aunque fuera rellenando con barro seco las grietas, pero tampoco tuvo suerte. Sumido en sus pensamientos, a la altura del viejo puente de madera situado en la parte septentrional de la villa, un resplandor hirió su vista. Con curiosidad, cruzó el río y se acercó con sigilo al bosque, en cuyos límites vio a un grupo de cinco guerreros acampados, que hablaban distendidamente alrededor de un fuego.

—¿Cuánto más permaneceremos aquí? —decía uno con tono cansado.

—Tanto como nuestro capitán considere —le respondió un compañero.

—Esto es de lo más aburrido —añadió un tercero—. Odio estos tiempos muertos. ¡Con la de mujeres que debe haber en el pueblo! Deberíamos ir a divertirnos.

—Puedes ir, nadie te lo impide, pero tal vez el capitán decida cortarte los huevos cuando te vea —bromeó el primero, quien desde más cerca se revelaba como un soldado pertrechado con una panoplia que Pierre no olvidaría en su vida.

—Ja, ja, ja... Me gustaría saber qué cara pondría el viejo Hauteville si te viera paseando por el pueblo con una ramera del brazo —dijo otro mientras se acercaba al fuego. El baile de resplandores convirtió su cara, por un momento, en el bosquejo de un demonio—. Nos ha dicho que esperemos aquí, y eso haremos.

—Menuda tontería. No existe la certeza de que haya disidentes en el pueblo, y mucho menos de que todos sean rebeldes.

—No sería la primera vez que decide mirar hacia otro lado y hacer lo que le da la gana —dijo el soldado, aburrido—. Mira lo que pasó con los herejes cátaros.

—Pero eso de ahí abajo es Cahors, y no una maloliente aldea occitana. Tenemos que estar muy seguros antes de hacer algo así o enfadaremos al señor de estas tierras.

Pierre no daba crédito a cuanto escuchaba. Aquella avanzadilla permanecía apostada en las afueras a la espera de la orden de atacar, de entrar a sangre y fuego con algún pretexto. Atemorizado ante la posibilidad de ser descubierto, decidió aguardar entre las hierbas altas a la espera de que llegara Hauteville, y descubrir cuál sería su decisión definitiva.

Agazapado y aburrido, notó el peso de las horas según pasaban. Con ellas iba aumentando la sensación de cansancio y, sobre todo, de hambre. De hecho, su estómago hacía tanto ruido que temía que en cualquier momento le delatara. Pero aquellos hombres parecían más dispuestos a buscar modos de entretenerse que otra cosa: practicaban puntería con el arco, jugaban a los dados o se limitaban a lanzar piedras hacia la nada en silencio.

Por fin, cuando el sol comenzaba a ponerse tras las montañas y Pierre estaba a punto de claudicar, escuchó un sonido de cascos acercándose. De inmediato, los soldados se levantaron y aguardaron firmes la llegada de su superior.

—¿Y bien? —preguntó Roman Lombardo sujetando el caballo y ayudando a Roger a bajar.

—Nada de nada, cero —respondió Roger de Hauteville, frustrado—. Nuestras informaciones eran erróneas. Ni herejes, ni rebeldes, ni subversivos.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Nos largamos de aquí —respondió fastidiado—. Hemos perdido una semana, la información que teníamos era incorrecta.

—O malintencionada.

—El señor Pellissier no estará contento con esto. Esperaba que con un saqueo se les bajaran los humos a esos de ahí abajo.

—¡Una lástima que no se les pueda pasar a fuego a esos arrogantes! —exclamó uno de los soldados, que permanecía atento a la conversación.

Roger estuvo a punto de responderle, pero al final prefirió no perder el tiempo y hacer caso omiso. Tras alejarse unos pasos siguió la conversación con su segundo.

—Es una pena, pero no hay nada que podamos hacer —continuó mientras bajaba el tono de voz. Allá donde mirara, la foresta se confabulaba en una molesta pareidolia, llenando de ojos espías cada hoja y cada arbusto—. Sin una excusa razonable no podemos cargar sobre Cahors.

—Será complicado contener a nuestros hombres por más tiempo. Ha pasado mucho desde su última batalla —suspiró Roman, preocupado—. Llevan mal la inactividad.

—Pues habrá que partir raudos en busca de alguna aldea contra la que arremeter sin tener que dar explicaciones.

—O algún monasterio fácil de tomar, qué más da. Suelen estar llenos de riquezas.

—Habrá que medir antes lo temerosos de Dios que puedan ser nuestros hombres.

—Esos solo temen a la madre que los parió —respondió Roman, provocando una sonora carcajada de su superior.

Pierre respiró aliviado al ver el rumbo que tomaba la conversación. Parecía claro que entre las pretensiones a corto plazo de aquel

loco no estaba atacar Cahors, por lo que en aras de no tentar su suerte decidió alejarse de allí cuanto antes. Ya había anochecido, por lo que contaba con la oscuridad como aliada.

Poco a poco fue retrocediendo, agazapado entre los matorrales que conformaban un oleaje de espinos congelado a medio rompiente. Pero aquella confianza resultó fatal, ya que se descuidó y tropezó con una piedra, cayendo al suelo y provocando el ruido suficiente para llamar la atención.

—¿Qué sucede? —se alarmó uno de los soldados mirando a su alrededor, dando un respingo, mientras Pierre rezaba con todas sus fuerzas para que lo confundieran con algún animal.

—¿Quién va ahí? —insistieron unas botas oscuras mientras se acercaban a su posición, aplastando la hojarasca. Una miríada de insectos huyeron despavoridos.

El corazón de Pierre comenzó a latir con fuerza mientras veía cómo varios soldados se acercaban con antorchas. Los charcos de luz bañaban zonas cada vez más amplias de terreno. Sin tener muy claro qué hacer, comenzó a retroceder a gatas lo más rápido que pudo.

—¡Por ahí! —indicó un soldado señalando la oscuridad.

—Debe ser algún animal —manifestó un compañero, sin muchas ganas de perseguir a nadie a aquellas horas.

—Alfons, por Dios, ¿cuándo has visto un animal que huya intentando no hacer ruido? —protestó Roger de Hauteville, indignado—. Venga, deprisa, atrapadlo. Debe ser un maldito espía.

Aquellas últimas palabras sembraron el pánico en Pierre, consciente de que su vida pendía de un hilo, y de que las decisiones que tomara a continuación determinarían si vería o no un nuevo amanecer. El miedo cristalizó como un sudor de vidrio encima de su piel. Si lo atrapaban sería torturado por aquellos salvajes, que no dudarían en llevar a cabo todos los abusos que se les pasaran por la cabeza con tal de mitigar su aburrimiento. De modo que, sin nada que perder, respiró hondo y se lanzó a la carrera en dirección a Cahors. Corrió tan deprisa como pudo, cogiendo por sorpresa a los soldados, que tardaron lo suficiente en reaccionar como para permitirle tomar ventaja y que resultara complicado verlo.

—¡Más deprisa, más deprisa! —se repetía mientras descendía veloz hacia el río, el mundo convertido en un borrón. Consciente de que no podía girarse para no tropezar y darse de bruces contra el suelo, sintió un escalofrío cuando escuchó el familiar silbido de las flechas. Puntas veloces e invisibles cortaban el viento y la oscuridad a su lado. Estaban disparándole.

Sin saber si iba a ser ensartado en cualquier momento, continuó corriendo, sintiendo cómo dos saetas pasaban a escasos metros de él como avispas sedientas de sangre.

—No me ven —murmuró mientras seguía corriendo, arropado por un júbilo indescriptible.

La tercera flecha se clavó en un árbol no muy lejano, provocando una pequeña explosión de virutas de corteza, seguida de una cuarta y una quinta, que en esta ocasión silbaron a poca distancia de su oído. Debía haber varios soldados disparando en su dirección, aunque lo que más le preocupaba eran los pasos de sus compañeros, que cada vez sonaban más próximos. Por suerte, la muralla de la ciudad no parecía muy lejana, hecho que le reforzó el ánimo e hizo que acelerara el paso.

—¡Te vamos a degollar vivo! —escuchó decir a uno de sus perseguidores, cuya voz sonó mucho más cercana de lo que había supuesto. Ahí estaba otra vez la cara del demonio, el truco de la luz, el espejismo del mal.

El grito hizo que se girara por instinto y viera la figura del soldado, que cargaba hacia él vociferando. Por suerte, todavía los separaba una distancia superior a los cien metros, aunque girarse fue un error fatal, pues los nervios y la oscuridad reinante hicieron que tropezara con una piedra y cayera al suelo, dando unas cuantas vueltas ladera abajo.

«No puede ser —pensó mientras escuchaba aproximarse al soldado—. Estoy perdido».

Pierre había entrado en estado de *shock* y no podía hacer otra cosa salvo temblar mientras esperaba ser apresado. Con su perseguidor a menos de cincuenta metros comenzó a rezarle todo cuanto sabía al Todopoderoso, sin moverse. «Señor, te imploro una muerte rápida y lo menos dolorosa posible. No quiero sufrir a manos de esos

desalmados... Permite que sobreviva y me plantearé seriamente la posibilidad de tomar los votos...» —dijo mientras veía escaparse sus plegarias hacia las nubes como venablos.

Ante la cercanía del soldado, dudó si levantarse y presentar batalla para vender cara su piel. Al menos de ese modo tenía la esperanza de ser ensartado con la espada y poner fin a su vida de una forma rápida y contundente. Estaba a punto de incorporarse cuando unas nubes cruzaron por delante de la escasa luz proyectada por la menguante luna, haciendo más densa la oscuridad y menos descabellados sus objetivos.

Confuso, Pierre escuchó cómo el soldado pasaba a escasos metros de él y continuaba la carrera en pos de un fantasma, un espejismo de reflejos de luna. Tumbado como estaba, y con ropajes negros, resultaba imperceptible a la vista cansada de aquel veterano, que lo imaginaba corriendo bastantes metros más adelante. Momentos después, el resto de milicianos también pasó de largo sin verlo, aunque uno estuvo a punto de tropezar con él.

Sin acabar de creérselo, continuó tumbado y en silencio hasta que uno de los soldados exclamó:

—¡Está aquí, lo he encontrado! —El escaso resplandor que la luna lograba filtrar entre las nubes convirtió su rostro en la parodia cerúlea de una imagen de iglesia. Una imagen de madera podrida.

Aquel grito provocó un vuelco en el corazón del perseguido. Durante unos segundos había abrigado la estúpida ilusión de salir de aquella aventura con vida, pero sus esperanzas se desvanecieron como sueños al despertar.

—Mirad cómo se revuelve, el desgraciado...

A la confusión siguió la esperanza, cuando entendió lo que había sucedido: debían de haber apresado a un pobre desgraciado que caminaba cerca del río en dirección a su casa. Aunque con mala conciencia, comenzó a arrastrarse por el suelo tan sigiloso como pudo. Y no solo para ponerse a salvo de aquellos monstruos, sino para ahorrarse escuchar el fatal destino que, por su culpa, padecería aquel desdichado.

Mientras oía los gritos del campesino pidiendo clemencia, escuchó al caballo de Roger acercarse a la escena. Con la cobardía como corcel tardó cerca de media hora en alcanzar el río, del que no estaba tan

lejos como pensaba, pero aun entonces —incluso sin oír a ninguno de los soldados a su espalda— continuó yendo a rastras, tembloroso y con la boca seca. La cobardía era un sudario aceitoso que pesaba realmente sobre sus hombros.

Cuando por fin avistó uno de los puentes, decidió levantarse y tomar el camino que bordeaba el cauce. Iba sucio y desaliñado, pero por lo general aquello no molestaba a nadie. A escasos metros del solitario puente, con las puertas de la ciudad cercanas, escuchó un ruido no muy lejos de él. Giró la cabeza y vio que alguien se acercaba a caballo a trote ligero: Roger de Hauteville y Roman Lombardo. Cabalgaban en su dirección, de eso no cabía duda, por lo que de nuevo dudó sobre qué hacer. Podía echar a correr hasta alcanzar la ciudad —aunque dudaba si sería capaz de conseguirlo a tiempo— o lanzarse al agua y nadar tan rápido y lejos como pudiera. Pero de nuevo los nervios le jugaron una mala pasada, y la escasa ventaja de que disponía se disipó en un instante. Aquellos malditos rocines avanzaban más rápido de lo que había calculado, y los tenía a solo unos metros.

—¡Eh, tú! —avisó uno de los jinetes. Su grito quedó atrapado entre las vigas hasta que se consumió—. ¡Aparta del camino, imbécil, a menos que quieras que te aplastemos!

Incrédulo, comprobó cómo los dos caballeros pasaban por su lado sin prestarle la más mínima atención y se adentraban en la ciudad, ignorándolo. Aunque aliviado, su cuerpo continuaba temblando. Le costó unos minutos retomar la marcha en dirección a su casa.

Cuando por fin llegó, hecho un manojo de nervios, su hermano ya estaba allí, sentado para cenar.

—¡Hombre, por fin has llegado! He invitado al compañero André a comer algo.

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora? —preguntó inquisitiva Eloise.

—Pasear.

—¿Pasear? No me lo puedo creer. Qué desfachatez, en vez de buscar un trabajo. . —suspiró la joven—. Hasta André tiene trabajo. —Lo observó con desprecio mientras se sentaba a cenar.

—La verdad es que he estado buscando trabajo, pero han surgido cosas —dijo sin muchas ganas de discutir, exhausto y nervioso.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—He tenido un encuentro inesperado con un viejo conocido.

—¿Quién? —preguntó Lombard. Un destello de preocupación cruzó de izquierda a derecha su mirada.

—Creo que se llama Roger de Hauteville, el bastardo que arrasó nuestra aldea. —El nombre rechinó y crujió al rebotar contra sus dientes cariados—. Estaba con parte de su ejército apostado *extramuros*.

Su hermano escupió la comida.

—¿¡Cómo!? —Sus ojos se desorbitaron—. ¿Haciendo qué?

—Se limitaba a decidir si asaltaría la ciudad y nos pasaría a todos a cuchillo —dijo Pierre como quien no quiere la cosa, encogiendo los hombros.

—¡No me lo puede creer! —exclamó el joven André—. ¿Y qué pretendía, arrasar Cahors? Eso es imposible, nunca se atrevería. ¿Verdad?

—El señor feudal ha de mantener entretenidas a sus huestes, y dar ejemplo de paso. Hasta donde yo sé, solo hay una forma —dijo Eloise, que no podía creerse la ingenuidad de aquellos tres hombres—: Matar enemigos imaginarios y violar a sus viudas e hijas.

—Y a sus perros, que así es como perdí a mi querido Bounty —puntualizó André.

Pierre y Eloise miraron de reojo al joven sin saber muy bien qué decir, pero Lombard insistió en escuchar el relato de lo acontecido.

—¿Se puede saber qué carajo han decidido hacer?

—Nada. Han considerado inapropiado asaltar la ciudad al no haber encontrado ninguna excusa válida.

Lombard suspiró aliviado y continuó comiendo mientras su hermano entraba en detalles. Escucharon con atención la historia que contaba Pierre, sin interrumpirlo en ningún momento. Desde pequeño, el joven había hecho gala de una facilidad natural para relatar las cosas. Su hermano era hábil con la espada y él siempre conseguía captar la atención de quienes lo escuchaban, haciendo fintas y molinillos con las palabras en lugar de con el acero. Aquella era una de las pocas cosas que Eloise admiraba en él, y el único momento en que conseguía que no lo interrumpiera.

La cena concluyó y Lombard y André montaron unas tablas a modo de cama en una de las esquinas de la habitación. La carcoma

crujió en su interior con conversaciones secretas. Luego, se retiraron a un rincón a descansar. Al día siguiente, en cuanto el sol asomara por las rendijas de la ventana, tendrían que levantarse para seguir trabajando en el puente. Aquel fue el momento en que Pierre decidió afrontar una conversación que consideraba que tenía pendiente desde hacía tiempo. Había sido un día largo y complicado, y decidió tomar una decisión que cambiaría el curso de su vida.

La tiniebla los bañó como un líquido espeso, aceite de roca.

—Eloise, tengo una pregunta que hacerte —dijo en cuanto se oyó la respiración profunda de los hombres.

—Adelante, ¿a qué esperas?

—¿Por qué me odias?

—¿Odiar? Te equivocas. No me quedan fuerzas para odiar, estoy demasiado cansada.

—De ser cierto, ¿por qué me desprecias? Tus palabras son duras como piedras y punzantes como espadas.

—Qué piel tan sensible tienes, y qué bien hablas por esa boquita —sonrió ante un Pierre sorprendido. Aquella era la primera vez que escuchaba salir de aquella boca algo que no fuera un reproche—. Tienes tanto que aprender. Solo me molestan los haraganes que desperdician sus vidas.

—Pues entonces creo que no tendrás que preocuparte más por mí. Una ceja se le arqueó con incredulidad.

—¿Y eso?

—Hoy he tenido mucho tiempo para reflexionar y darme cuenta del camino por el que quiero conducir mi vida. Mañana mismo me dirigiré al santuario de Rocamadour para entregarle mi vida a Dios.

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, sin tener muy claro si había entendido bien las palabras de Pierre.

—Que me dedicaré al sacerdocio. No sé si me aceptarán o si ya es tarde, pero hoy lo he visto claro. Cuando creí que mi vida estaba a punto de acabar, oí claramente en mi interior una voz.

—No seré yo quien te contradiga, aunque me da que eso que llamas voz o señal podría haber sido cualquier cosa. Si fueras otra persona pensaría que me estas tomando el pelo.

—¿Por qué?

—Porque imagino que eres consciente de lo que eso significa.

—¿Que nos veremos menos?

—Eso no lo sé. Yo me refiero a lo otro.

—¿Qué otro?

—Al celibato, al voto de castidad —aclaró—. A que nunca más podrás volver a tener relaciones con una mujer.

—Eso tampoco tiene mucha importancia. Además, tampoco me he dedicado mucho a esos menesteres.

—¿No querrás decir que tú...? ¿Nunca? —preguntó incrédula, como si acabara de ver un fantasma.

—Nunca. —El joven agachó la cabeza, avergonzando.

Bajo la tenue luz de la única vela que iluminaba la habitación, esperó el comentario burlesco que saldría por la boca de Eloise. Pero no fue así. Guardó silencio hasta que se levantó del taburete y le cogió la mano.

—Ven. —Lo llevó hasta el colchón de paja que había en otra de las esquinas y lo sentó allí. Una vela de sebo tembló como un alma en pena, en una esquina.

—No te entiendo, ¿qué pretendes? —Pierre era consciente de que aquella debía ser la primera vez que la chica lo tocaba.

—Evitar que mueras sin conocer lo que es yacer con una mujer.

Pierre, algo poco habitual en él, no encontró palabras que decir. Boquiabierto, intentaba ofrecer una ligera resistencia, sin saber cómo reaccionar.

—No seas tonto. Si lo que dices es cierto, a partir de mañana no podrás volver a hacerlo jamás —añadió ella mientras su mano se dirigía de directamente al miembro del chico, que estaba duro y en su plenitud. La mera idea de ser tocado por aquella mujer a la que siempre había considerado tan fría como insolente lo excitaba más allá de lo que pudiera haber imaginado.

No tenía la más mínima idea de cómo actuar, pero no hacía falta, ya que Eloise cubría perfectamente sus carencias. Sin tener claro si ofrecer mayor resistencia o dejarse llevar —ignorante de que llegados a aquel punto habría resultado imposible para la mayoría de los hombres echarse atrás—, notó cómo sus ganas de poseer a Eloise iban en aumento. Su voluntad se iba desvaneciendo a la misma velocidad

a la que aquella mano le acariciaba el pene, que parecía a punto de explotar.

—No estaría mal que tú también hicieras algo —dijo traviesa Eloise, sin duda disfrutando ante su timidez y su evidente falta de experiencia. Con suavidad, cogió la mano de Pierre y la acercó a su entrepierna, donde comenzó a moverla con ritmo experto.

—Está húmedo —fue lo único que pudo decir el joven, presa de los nervios. Tantas sensaciones inesperadas, tanta confusión... inflamando su pecho, estaba a punto de consumirse en un fuego voraz que era incapaz de contener.

—Y más que lo estará...

—No te habrás relajado demasiado... —se asustó él.

—Mira que sabes poco de la vida, y menos aún de mujeres. —Sacudió la cabeza, incrédula—. Esto solo significa que pronto estaré lista para que me la metas —añadió mientras soltaba la mano de Pierre y se le escapaba un ligero gemido—. Sigue. Así, tal y como te acabo de enseñar, en círculos...

Pierre se sentía completamente desbordado, con la voluntad vencida por aquella especie de bruja que había logrado hechizar su mente. Una mente por la que solo rondaba una cosa, un deseo como no había sentido nunca antes. Temeroso de meter la pata y provocar las iras de aquella mujer, procuró seguir las instrucciones recibidas al pie de la letra, cosa que imaginaba estar haciendo bien a la vista del placer que se leía en sus ojos. La chica parecía tener claros unos protocolos que él desconocía por completo, ya que a continuación se abrió aquella especie de camisón que llevaba para mostrar sus pechos desafiantes. Aquello hizo que la voluntad de Pierre se resquebrajara por completo, y que las intenciones de refrenarse se evaporaran. Nada más ver aparecer sus increíbles senos, su instinto afloró empujándolo a tomar la iniciativa.

Con ímpetu, la tumbó sobre el colchón y se situó encima de ella mientras agarraba su pene y se lo introducía. Le hubiera gustado esperar más, hacerlo con más lentitud y disfrutar del momento, pero le resultó imposible. Al mismo tiempo, comenzó a besar aquellos sonrosados labios y manosear torpemente los pechos, superado como estaba ante lo que le pasaba por la mente.

Para cuando acabó, había perdido la noción del tiempo y no tenía ni la más remota idea de cuánto había transcurrido. Si mirase por una ventana al exterior, solo vería la ciudad convertida en un cúmulo de bultos sombríos que seguían esperando la antorcha que los rescatara de la oscuridad. Solo era consciente del enorme placer que había experimentado y de la cara de satisfacción que reflejaba la chica.

—No ha estado mal —juzgó ella, tan poco inclinada a hacer cumplidos.

En aquel momento a Pierre no podía darle más igual la opinión de Eloise. Acaba de disfrutar de una de las mejores experiencias de su vida, y justo en la que podía haber sido su última oportunidad para hacerlo. Estaba reflexionando sobre ello, a punto de dormirse, cuando otro pensamiento ocupó su mente.

—Eloise, hay algo que no entiendo.

—Dímelo, pero rápido.

—¿Cómo sabías cómo hacerlo?

Ella sonrió. Una de esas sonrisas enigmáticas, impenetrables.

—Hay cosas que es mejor no saber.

Estuvo a punto de insistir, pero desistió. Mejor no estropear la noche.

CAPÍTULO 5

Pierre durmió plácidamente toda la noche y solo reaccionó al sentir las punzantes patadas de Eloise invitándolo a despertarse. Los gritos de los cordeleros y los talabarteros ya se adueñaban de las calles, invitando a la gente a hacer negocio con su júbilo.

—¡Venga, en pie! Espero que seas consciente de que, si sigues empecinado en esa tontería de hacerte cura, tendrás que olvidarte de dormir hasta que te dé la gana —le espoleó la joven, que volvía a ser la misma de siempre.

—Nunca puedo dormir todo lo que quisiera, bien te encargas tú de ello —protestó mientras se incorporaba y su embotado cerebro se preguntaba dónde estaría la dulce ninfa de la noche anterior.

—Venga, déjate de excusas y mueve el culo, que bien sabes hacerlo cuando quieres —insistió ella, intentando disimular una sonrisa al ver su rostro enrojecido—. No me lo puedo creer, ¿ahora te arrepientes? Además, visto lo visto no parecía que fuera tu primera vez. Llegué a pensar que me habías mentido.

—¿En serio no eras...? —Le asomó la timidez—. ¿No fue tu primera vez...?

—Ni la segunda, dalo por hecho. Menudas estupideces me preguntas. Con lo listo que eres para unas cosas y lo tonto que pareces en otras.

Pierre agachó la cabeza en un intento de ocultar su vergüenza. Aquella mujer parecía tener una habilidad especial para sonrojarlo, cosa que conseguía siempre que quería y de lo que parecía extraer un malicioso placer.

—Ya. Es la sensación que me dio al verte tan... habilidosa —fue lo único que alcanzó a decir, en un burdo intento por desviar el foco de atención de su persona—. Aunque con todo el trabajo que tienes no sé de dónde sacas tiempo para practicarlo.

El comentario que acababa de proferir sonaba tan estúpido que ya se estaba preparando para otra andanada de sarcasmos. Pero no fue así. La joven permaneció unos segundos en silencio, decidiendo si verbalizar lo que le pasaba por la cabeza. Había un olor indefinido en el aire, como a tomillo, hidromiel y ajo. Alguien había estado añadiendo ingredientes a una cazuela.

—No me queda más remedio —dijo por fin, siendo esta vez ella quien agachó un poco la cabeza.

—No te entiendo.

—Me refiero a que es la única forma de seguir alojándonos en esta cochambre.

—¿A qué te refieres? Yo no...

—Espero de verdad que esos curas te espabilen —suspiró con resignación. Luego, explicó—: No solo le limpio la casa a vuestro tío, también satisfago otros caprichos.

Los ojos del joven se redondearon.

—¿Te refieres a cosas como las de anoche?

—Como las de anoche, y más —respondió entre avergonzada y aliviada, como si se quitara un peso de encima—. Todas las que se le ocurren, que no son pocas.

—¿Pero si es mucho mayor que tú, y tiene esposa!

—Una frígida que no se abre de piernas ni para lavarse los domingos.

—Madre mía, qué desastre si se enterase ella.

—¿Eso es lo único que se te ocurre, pensar en que nos podrían echar? Pues estate bien tranquilo porque Judith lo sabe.

—¿Lo sabe? Me cuesta creer que no esté celosa y molesta.

—¿Molesta, esa asquerosa? Pero si incluso disfruta mirando. Es una estrecha de mierda, pero le gusta quedarse sentada en la silla observando cómo su marido me folla. E incluso le sugiere lo que ha de hacerme. Creo que cuanto más repugnancia siento, más disfruta.

Pierre sacudió la cabeza, lentamente.

—No me lo puedo creer. Es todo tan asqueroso...

—Nadie da nada por nada.

—Pero son parientes. Ellos, su hija Madeleine...

Enmudeció para alzar la mirada y contemplar a Eloise. Por primera vez pudo entenderla y juzgarla con otros ojos. Ahora comprendía gran parte de la amargura que alimentaba aquel cinismo, y que había ido en aumento conforme pasaban los días.

—Así es la vida —masculló—. No sé si debería decírtelo, pero al menos anoche disfruté contigo. —Una sonrisa emergió para ilustrar aquellos bonitos recuerdos.

Estaba a punto de hacer otro comentario cuando Lombard apareció por la puerta, presuroso.

—Hombre, hermanito, ya era hora de que despertaras. Esta mañana no hubo manera, y mira que hicimos ruido durante el desayuno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —se extrañó Pierre, a quien no le apetecía que su hermano supiera nada de lo sucedido.

—Me olvidé el martillo, y voy a necesitarlo para partir unas piedras que han traído para reforzar la imposta.

Se dirigió con rapidez al arcón donde guardaba sus cosas y, tras rebuscar unos segundos, dio con la pesada herramienta.

—¡Aquí está! Me marchó, hermanito. Nos vemos a la noche. ¡No hagas nada que yo no haría!

Eso hizo que las mejillas del joven irradian una potente luz rojiza. Ya se había despedido y estaba a punto de salir por la puerta cuando Eloise lo detuvo.

—Espera. Antes de irte creo que estaría bien que tu hermano te dijera algo.

—No hace falta que sea ahora —se atragantó Pierre. No se sentía preparado para tener aquella conversación.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lombard, intrigado.

—Tu hermano ha tenido la brillante idea de entregarse a la Iglesia. Un silencio. Una duda transformada en rictus en su cara.

—¿Es eso cierto? —preguntó con gesto serio.

Su hermano asintió con un suspiro. Ya ajustaría cuentas con la joven luego.

—Sí. Lamento no haberte comentado nada antes, pero es una decisión muy reciente.

—¿Muy reciente? Pero si ya lo sabe hasta Eloise. No lo entiendo. ¿Tú, dedicando tu vida a Dios y a la Iglesia? ¿Tomando los votos del

sacerdocio? Pero si nunca has mostrado el menor interés, ni has sentido la más mínima llamada del Señor. Es un sinsentido, una estupidez.

—No menos que todo lo que sucede constantemente a nuestro alrededor.

—Qué tontería, cuando más te necesitamos junto a nosotros —bufó su hermano—. Si lo haces, no volveremos a verte nunca más. Será el final de nuestra relación.

—Puede, pero hay cosas que están por encima de eso. Lo sucedido ayer con Roger de Hauteville bien hubiera podido significar mi muerte, pero en cambio me ha hecho ver la luz.

Las manos de Lombard fueron a encontrarse de sopetón con sus muslos.

—Tú mismo. Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones. De modo que coge tus cosas y lárgate cuanto antes —sentenció.

No añadió nada más que no estuviera ya implícito en su tono de voz. Recogió su martillo y se marchó sin despedirse siquiera.

—No se lo tengas en cuenta. Ya sabes cómo es —dijo Eloise al ver a Pierre petrificado—. Impulsivo e impetuoso, para lo bueno y para lo malo.

Pero él continuó callado. Nunca habría esperado que su hermano, tan poco emocional y sensible, pudiera reaccionar de aquella manera ante la noticia de su marcha. Pero aunque le dolía causarle dolor, estaba más seguro que nunca de su decisión.

CAPÍTULO 6

Habían pasado dos largos años desde la marcha de Pierre, y en ese tiempo no hubo noticias suyas. En varias ocasiones, Eloise y Lombard se sintieron tentados de salir en su busca para intentar averiguar algo, por lo menos si seguía con vida, pero al final acababan desistiendo. No había día en que Lombard no se arrepintiera de la brusquedad con la que trató a su hermano al despedirse, y aunque André ocupó su lugar en la casa y los entretuvo con sus ingeniosas bromas, la ausencia de su hermano continuaba siendo un vacío difícil de llenar. Para mantener la mente ocupada, se encargó junto a André de reformar poco a poco aquella especie de extensión de la casa en la que vivían. El mayor cambio consistió en separarse de la estructura principal, condenando la vieja puerta que las comunicaba y abriendo otra que daba directamente a la calle. Además, levantaron dos paredes que aportaban algo más de intimidad y añadieron un par de ventanas.

Lombard continuaba trabajando en el puente de Valentré, cuyas obras se estaban eternizando y duraban ya más de tres décadas. Se trataba de una estructura imponente de casi ciento cuarenta metros de longitud, cuya función era la de servir de entrada principal a la ciudad y al mismo tiempo defenderla. Estaba soportado por seis arcos góticos de unos dieciséis metros de altura, y su calzada pasaba por tres magníficas torres almenadas de planta cuadrada, con barbacanas cuya recia sombra se proyectaba sobre los visitantes. Los obreros se dejaban la piel en aquellas piedras mientras los capataces los observaban limpiándose las tachuelas escondidas en los puños remangados.

Aquella sólida fortaleza, aunque todavía sin terminar, demostró sus cualidades defensivas rechazando en un par de ocasiones a peligrosos asaltantes. La aparente prosperidad de Cahors solía atraer a los bandidos del mismo modo que los despojos a los buitres, y raro

era el año en que no lo intentaban en un par de ocasiones. Por todos era recordado con pavor el intento de asalto de un grupo de guerreros liderados por el joven Thorstein y su hermana Freydis. Provenientes de Groenlandia, se detuvieron frente a la ciudad con la intención de asaltarla. Durante largas horas los habitantes se temieron lo peor, ya que la guarnición que supuestamente tenía que defenderlos se encontraba en una partida de reconocimiento. Sin embargo, cuando los peores presagios parecían a punto de cumplirse, la mesnada de escandinavos optó por retirarse, desanimados por la solidez del puente. Desconocedores del resto de defensas con que pudiera contar la ciudad, continuaron su camino en busca de alguna presa más asequible.

Aquello incentivó la construcción hasta el punto de que por las tardes, antes de caer el sol, muchos eran los ciudadanos que acudían a prestar ayuda para acelerar los trabajos. De este modo, con una precaución motivada por los asaltos de años anteriores, siempre había algún centinela de guardia en la torre central, desde cuyos impresionantes cuarenta metros de altura se dominaba un extenso terreno.

Así fue cómo un día, cuando a punto estaba de desvanecerse una de las últimas tardes de la primavera, se oyó desde lo alto el fatídico aviso.

—¡Alarma, alarma! —gritó con todas sus fuerzas el centinela mientras sacudía una campana. De inmediato, los trabajadores abandonaron sus actividades y miraron atemorizados hacia el bosque. El ambiente se tensó mientras una brisa helada acariciaba las caras de todos los presentes.

El vigía, algo más calmado, anunció la novedad.

—¡Por el oeste se acerca un numeroso grupo de hombres!

—¿Cuántos, Albert? —preguntó raudo Guillaume de Rais, el maestro capataz y persona de más alto rango en aquellos momentos sobre el puente.

—Ni idea, muchos —masculló el vigía, quien no estaba dispuesto a reconocer que, al igual que la mayoría de sus compañeros, no sabía contar hasta más de veinte—. Están lejos, pero se acercan con rapidez.

—¡Mierda, otro ataque! —maldijo Guillaume, cansado de tener que hacer frente a todo tipo de inconvenientes que no hacían sino retrasar las obras.

Con una rapidez nacida de la experiencia, los obreros buscaron posiciones estratégicas que hicieran factible la defensa. Solo unos pocos se desentendieron por completo y se alejaron de la zona. Algunos por miedo, pero la mayoría en busca de familias a las que defender.

Mientras tanto, el capataz subió a lo más alto de la torre para otear.

—¡No son muchos! —exclamó aliviado—. Y parece que se comienzan a alejar —continuó ante los vítores de quienes lo escuchaban.

La tensión duró quince minutos más, hasta que la polvareda provocada por los jinetes se desvaneció en la distancia. Lombard era el único que permanecía receloso ante lo que acababa de suceder.

—¿Todo bien? —preguntó Guillaume cuando bajó.

—No lo sé, todo esto me da mala espina. Lo que acaba de pasar no es normal. —Escupió a un lado, un esputo negro y grasiento, mientras monologaba para sí mismo—. Vivimos tiempos asquerosos.

—Venga, hombre, no seas pájaro de mal agüero. —Eso le granjeó un amistoso golpe en la espalda—. Se han retirado y ya está. Se habrán visto incapaces de asaltarnos. Y no me extraña: el aspecto del puente es cada vez más imponente.

—Yo no me fiaría, he visto reflejos en el bosque.

—¿A qué te refieres?

—A que han debido de comunicarse con otro grupo mediante destellos. —Intentó vislumbrar algo en la pared de árboles que, debido a la tala necesaria para la obra, había retrocedido sus buenos doscientos metros.

—Hemos debido impresionarlos, maestro —dijo André, acercándose.

—Me dejas preocupado, Lombard. Si lo que dices es cierto, convendría montar guardia esta noche y avisar a la guarnición —barruntó Guillaume, meditabundo—. André, acércate al cuartel y avísalos. El resto, los que queráis, descansad y reunámonos aquí cuando caiga el sol. Esta noche las puertas permanecerán cerradas.

—No, mejor dejémoslas abiertas para no levantar sospechas —sugirió Lombard ante la mirada de aprobación del otro.

—Hay que reconocer que eres un hombre sagaz —admitió.

Lombard aprovechó las horas que quedaban hasta la caída de la noche para descansar en casa y hablar con Eloise, con quien había

iniciado una relación más allá de la simple convivencia. Su llegada antes de tiempo causó cierto sobresalto en la joven, que tenía la puerta trancada.

—¿No tienes frío? —comentó Lombard. La ventana estaba abierta.

—Llegas antes de tiempo —señaló ella, arreglándose el pelo—. ¿No te habrán echado...?

—Todo lo contrario, el capataz me ha felicitado por ser sago... sag... sagaz, signifique lo que signifique eso.

—Es ser listo, avisado.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Procuro escuchar a los que saben.

Durante las siguientes horas, Lombard se dedicó a comer algo ligero y acostarse con Eloise, quien no parecía muy predispuesta.

—No sé cómo puedes tener ganas en momentos así —le recriminó—. Eres insaciable.

—Si sigues así te convertirás en una vieja gruñona —bromeó el hombre mientras cogía su enorme martillo y se dirigía a la puerta. El sol era un cubo de sangre vertido en el horizonte, quizá un augurio de funestos sucesos—. Te recomiendo que tranques bien la casa. No tendría por qué pasar nada, pero nunca se sabe.

De camino al puente, percibió el nerviosismo que flotaba como un miasma en las calles. Era evidente que la noticia se había extendido por toda la ciudad, y quien más quien menos paseaba intranquilo. Al llegar vio a numerosos compañeros apostados tras la puerta de la tercera torre, la que servía de entrada a la ciudad.

—Hola, Guillaume. ¿Alguna novedad?

—Ninguna de momento. —El capataz no dejaba de escrutar el bosque, cuyos árboles apenas podían distinguirse tras la caída de la noche. La espesura, desprovista de luz, formaba un farallón natural de negrura que ningún ojo, por agudo que fuera, podía penetrar—. Una lástima que la luna casi no nos ilumine hoy.

—No creo que sea casualidad.

—Espero de verdad que te equivoques. De ser así, no seré yo quien te reproche nada.

—¿Ha llegado la guarnición? —preguntó inquieto al no ver a ningún soldado en las inmediaciones.

—Sí, pero les comenté tu idea de permanecer ocultos sin llamar la atención y les pareció adecuada. Están dentro de las dos primeras torres.

—Fantástico. —Esbozó un gesto que con toda probabilidad pretendía ser una sonrisa—. Ahora solo queda esperar.

Conforme avanzaba la noche crecía la intranquilidad de los defensores. La mayoría, poco acostumbrados a este tipo de situaciones, pasaban el tiempo elevando promesas insensatas a los cielos. Eran plenamente conscientes de que no les quedaba más remedio que defender el lugar. De lo contrario corrían el riesgo de perderlo todo, lo cual era algo por lo que muchos ya habían pasado. A pesar del cansancio general, ninguno protestó, y agradecieron los cuencos de sopa que algunas mujeres les acercaron.

Pasada la medianoche, André se aproximó a Lombard, que permanecía sentado y oculto a un lado del puente, intentando abrigarse lo mejor que podía. El frío clavaba agujas de hielo que atravesaban inmisericordes ropas y mantas.

—¿Sabes luchar? —preguntó al ver el martillo que sujetaba el hombretón.

—Algo. Mi padre fue guerrero y me enseñó algunas cosas cuando era pequeño. He seguido entrenando lo que he podido desde que llegué a Cahors. —Hizo una pausa recordando sus primeros días en la ciudad, y continuó—. Digamos que sufrí algunos encuentros desagradables que me llevaron a entender lo práctico que es saber defenderse de los indeseables.

—Al menos, no son vikingos. Les tengo mucho miedo —le susurró el joven mientras se acurrucaba a su lado, como un lebrillo buscando el calor de su padre—. Porque... no lo eran, ¿verdad?

—Si ese es tu temor, puedes estar tranquilo: no parecían norteños —le contestó con una sonrisa amable.

—He de confesar que tengo algo de miedo. No he luchado nunca antes contra nadie —admitió André, avergonzado—. De hecho, no tengo ni idea de cómo golpear con esto. —Sostuvo un martillo de obra con la mano, sin saber siquiera por dónde cogerlo, dónde estaba su punto de equilibrio correcto.

—Tranquilo. Si al final sucediera algo, quédate cerca de mí en todo momento. Si salimos con vida de esta, mañana empezaré a enseñarte a usar un arma en condiciones.

—Vale, aunque esta noche tampoco me gustaría ser un estorb...

No pudo acabar la frase. Lombard le tapó la boca con la mano y le indicó que permaneciera en silencio mientras miraba a Guillaume, que también había oído algo. El viento arrastraba susurros desde el otro lado del río. Clavaron sus gélidos ojos en la distancia, escrutando. No dijeron nada, no emitieron ningún gruñido. Pero todos sabían lo que pasaba.

—Condenado Lombard, al final parece que tenías razón —maldijo el capataz, entregándole un saquito tintineante de monedas—. Toma, tú ganas.

—Espero que no sean muchos o que no estén muy preparados. De poco me servirá haber ganado la apuesta si amanecemos todos muertos.

Conforme pasaban las horas, resultaba evidente que un nutrido grupo de hombres se acercaba sigilosamente a Cahors. Ocultos entre las sombras, y avanzando agazapados, resultaba difícil divisarlos.

—¿Cuántos crees que son? —murmuró casi inaudible André.

—Ni idea. Muchos. —Lombard era incapaz de distinguir nada en la tiniebla.

Nadie volvió a abrir la boca, temerosos de ser descubiertos y perder el factor sorpresa. No fue hasta que llegaron los primeros atacantes al comienzo del puente cuando pudieron verlos con claridad. La luz de los faroles silueteó las figuras de unos hombres que portaban espadas y lanzas.

—¿No son vikingos, verdad? —castañeteó André.

Su protector movió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Ni bárbaros? He escuchado que son peores todavía.

Lombard volvió a sacudir la cabeza, aunque esta vez le hizo un severo gesto de silencio con el índice. Estaba a la espera de que quien estuviera al mando diera la orden.

«¿A qué demonios estamos esperando? —se preguntó sin quitarle el ojo al capataz, preocupado al ver cómo la avanzadilla se acercaba más y más. Acababa de pasar por debajo de la primera torre y seguía

avanzando—. A este paso cruzarán por delante de mí y seguirán su camino tan tranquilos».

Por fin, Guillaume hizo el gesto acordado y todos se abalanzaron como locos sobre la avanzadilla, que se encontraba ya a mitad del puente. Sorprendidos, los asaltantes se convirtieron en asaltados en cuestión de segundos. Sobre ellos se abalanzaba un grupo de hombres armados que vociferaban como locos, mientras que desde la torre central caía una granizada de flechas, y desde la primera les arrojaban piedras y cascotes.

—¡Vamos, vamos! ¡Ahora o nunca! —gritaba imponente Lombard con su atronadora voz—. ¡A por ellos!

Desde debajo del puente, un segundo grupo de defensores surgió de la oscuridad de los arcos, pillando aún más por sorpresa a los confundidos atacantes, que no sabían muy bien qué estaba sucediendo, más allá de que su número se estaba viendo mermado por culpa de la ferocidad y determinación de los cadurcienses.

Mientras tanto, desde el interior del bosque, más hombres avanzaban hacia el puente en un intento de afianzar posiciones y evitar una desbandada general. Pero el caos se había apoderado del escenario, y eso favorecía su defensa, ya que lo que ocurría no entraba en los planes de los asaltantes.

—¡Tomemos las torres! —ordenó uno de los cabecillas, en un intento por recuperar el control. Era evidente que si querían tener alguna oportunidad tenían que detener cuanto antes aquel incesante torrente de proyectiles.

El principal problema era que las torres estaban defendidas por soldados profesionales que, a pesar de no ser muchos, eran diestros en el manejo de los arcos y sabían cómo convertir la angostura del pasaje en una ventaja.

Lombard, por culpa de su cojera, tardó un poco más que sus compañeros en alcanzar al grupo de asaltantes, pero cuando lo hizo arremetió con ferocidad. Alzó su pesado martillo y lo descargó con rabia sobre una cabeza protegida por un casco, provocando un crujido que recordaría durante muchos años.

Fruto de la tensión acumulada, golpeó con tanta rabia que le reventó la cabeza de un solo golpe. Durante unos segundos permaneció

inmóvil, como si el tiempo se hubiese detenido: a pesar de la falta de luz vio cómo manaba un reguero de sangre de aquel cráneo hecho pedazos. Acababa de segar una vida. Un torrente de emociones recorrió su cuerpo sin que pudiera evitarlo. La excitación de la batalla no tardó en hacer presa de él, por lo que miró al desgraciado que tenía enfrente, paralizado y salpicado de sangre, y arremetió.

—¡Te ha llegado la hora! —aulló mientras elevaba de nuevo el martillo, intentando no pensar en lo que estaba haciendo. Cuando estaba a punto de descargar el golpe, aquel círculo cargado de inercia de metal, madera y carne, sucedió algo que no se esperaba: el desconocido dejó caer su espada y retrocedió hasta alcanzar la barandilla.

—¡Cuidado con el gigante de Cahors y su martillo! —fue lo último que gritó mientras saltaba a las entumecedoras aguas del río.

El efecto de aquella escena fue devastador para la moral de los atacantes, cuya valentía se disolvió como la cera. Sorprendidos por la organizada resistencia y enfrentados a un tipo cuya atemorizante figura era realzada por las sombras, echaron a correr en estampida al grito de: «¡Corred, que no os atrape el gigante!» Lombard no tenía muy claro cómo reaccionar ante aquel inesperado giro de los acontecimientos, y el resto de sus compañeros tampoco. Estaban concienciados para enfrentarse a una más que probable muerte a manos de unos enemigos cuyo número desconocían, pero no para acabar el combate en tan poco tiempo y asistir a una huida tan estrepitosa.

—¡Victoria! —se desgañitó Guillaume, que no cabía en sí de gozo.

—¡Viva Lombard, viva el gigante de Cahors! —exclamó con entusiasmo André alzando el brazo de su amigo, martillo en mano.

—¡Viva! —corearon trabajadores y milicianos al unísono, mientras se acercaban para felicitar al homenajeado.

Cuando la euforia comenzó a diluirse, dando paso al agotamiento, el maestro Guillaume se subió a lo alto de la barandilla de piedra y gritó para que todos lo oyeran:

—¡Vamos a la taberna del Jabalí Cojo, mañana no se trabaja en el puente! Yo invito a la primera.

—Pero estará cerrada... —hizo notar alguien.

—¡Pues más le valdrá abrir al puñetero Tidian! —intervino una segunda voz.

—Abriré, ya lo creo que abriré, pero antes dejadme pasar... —Una rechoncha figura se coló a empujones, arrancando las risas de los presentes.

Poco a poco, el puente se fue despejando conforme sus ocupantes marchaban hacia el Jabalí Cojo. El restallar de las cadenas y el entrechocar de los filos había quedado felizmente atrás. Fue en ese momento cuando la figura de un oficial que bajaba de la torre central se acercó al héroe del día.